LOS MILAGROS DEL JORNAL

Sainete en un acto, estrenado en el teatro Eslava, de Madrid, en la noche del día 23 de febrero de 1924

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
NEME	Sra. Bárcena.
SEÑÁ POLONIA	— Satorres.
ANDREA	— Corona.
TOLÍN	Srta. Vargas.
TOMASÍN	— Jiménez.
SIDORO	Sr. Collado.
CELEDONIO	— Manrique.
SEÑOR FELIPE	— Pérez de León.

La acción, en Madrid. Epoca actual
Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

Casa pobre. Puerta con mirilla y picaporte, a la izquierda. Ventana aguardillada, al foro, y dos puertecillas a la derecha. Mobiliario de suma pobreza. Un cajón de madera, hecho cuna, con dos tablas cortadas en semicírculo y con un colchoncito dentro, debe figurar entre los muebles. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Está la escena sola; se oye que una llave abre la puerta de entrada y aparece NEME, con un niño de pecho en brazos, y TOLÍN, de cinco años, cogido de la mano. Los tres entran llorando amargamente, cada uno en su estilo.

NEME.—*(A la niña de pecho.)* ¡Bueno, cállate, hija mía, cállate, por lo que más quieras!... *(A Tolín.)* ¡Y tú, no berrees más!

TOLÍN.—Pero si es que lloro de verla a usté llorar...

NEME.—Pues cállate, que madre ya se va a callar también, anda.

TOLÍN.—Yo, hasta que usté no se calle, no me callo.

NEME.—Pues ya hemos callao. *(Dejan de llorar.)* ¡Pero mia esta gamberra!... *(Por la niña, que sigue.)* ¡Vaya pito!

TOLÍN.—¡Esa, como no la dé usté un poco de algo, no calla! Es una ansiosa.

NEME.—Bueno; y qué, hijo, ¿le has dao mi recao a la señá Polonia, la gallinejera?

TOLÍN.—Sí; señora madre.

NEME.—¿L'has dicho que viniese?

TOLÍN.—Sí, señora, y m'ha dicho que le estaba pegando a su marido y que en cuanto acabase que venía de seguida.

NEME.—¿Y sabes si le faltaba mucho?

TOLÍN.—Creo que no, porque cuando yo me iba l'acababa de tirar la sartén.

NEME.—Entonces, ya no tardará.

TOLÍN.—*(Atendiendo.)* Me paece que sube.

NEME.—*(Va a la puerta.)* Sí, ella es. *(Abre.)* Pase usté, pase usté, señá Polonia. *(Rompen a llorar de nuevo los tres.)*

ESCENA II

DICHOS y SEÑÁ POLONIA.

SEÑÁ POLONIA.—*(Entrando asombrada.)* ¡Pero, hija!

NEME.—¡Ay, señá Polonia de mi alma!

SEÑÁ POLONIA.—¡Vaya murga!... ¡Ni c'abrieseis establecimiento! Los tres a dúo.

NEME.—Es que ya conoce usté a Sidoro, y usté no sabe el disgusto... *(Solloza.)*, el disgusto...

SEÑÁ POLONIA.—¿El disgusto que tienes?

NEME.—¡El que voy a tener con él!

SEÑÁ POLONIA.—Pero, ¿no lo has tenío todavía?

NEME.—No, señora.

SEÑÁ POLONIA.—¡Pos espérate que lo tengas, cacho prima, y no llores por anticipao!

NEME.—¡Es que lo que me pasa es muy gordo, señá Polonia!

SEÑÁ POLONIA.—¡Qué gordo, ni qué flaco!... No hay ningún arrastrao d'hombre que valga ni una lágrima d'una mujer. ¡Mia si los colgasen a toos después de cumplir los treinta y cinco, lo que lo iba a sentir la hija e mi madre!...

NEME.—Ya m'ha dicho el niño que ha tenío usté unas palabras con el suyo...

SEÑÁ POLONIA.—¿Unas palabras?... Y unos cacharros. Que no sé dónde l'habré dao con la chocolatera; pero allí se quedaba echándole piropos a Matías López.

NEME.—Pero, por Dios... Siéntese usté, señá Polonia. *(Se sienta.)* Y tú, Tolín, acuesta a la niña y mécela, a ver si la duermes. *(El niño mete a la niña en el cajoncito y la mece. Ella se sienta al lado de la Señá Polonia.)* ¿Y qué es lo que l'ha hecho a usté el señor Balbino?

SEÑÁ POLONIA.—Pues naa, hija; que me s'ha vuelto un pindongo a la vejez. ¿Y sabes qué faenita me estaba haciendo?

NEME.—¡Vaya usté a saber!

SEÑÁ POLONIA.—¡Pues que me sacaba la lana del colchón y me la vendía por kilos. Claro, así me notaba yo que ca noche me dolían más los riñones, hasta que me he encontrao durmiendo encima e los hierros! Que tengo mi cuerpo de señalao, que me miras y paece que estoy detrás de una reja.

NEME.—¡Que la ha esquilao a usté la cama!

SEÑÁ POLONIA.—Naa más. Y las almohadas me las ha dejao que pones la cabeza y te salen bultos.

NEME.—¿Y pa qué hacía eso?

SEÑÁ POLONIA.—Pa gastárselo con una galocha de la cae el Espino. ¡Un tío con más canas que Matusalén!

NEME.—Por eso las querrá echar al aire.

SEÑÁ POLONIA.—¡Pos que las eche corriendito, porque le tengo jurao que de donde yo los coja juntos se los llevan en camilla! Por estas cruces. *(Llora.)*

NEME.—Pero no llore usté.

SEÑÁ POLONIA.—No me consueles. Que esto m'hace rabia pa volverle a pegar... Pero, en fin, dejemos lo mío, que no hace al caso, y a lo tuyo. ¿Qué te pasa, para ese apuro que tenías que m'ha dicho el chico?...

NEME.—Pos un apuro, que estoy que m'ahogan con un pelo, señá Polonia.

SEÑÁ POLONIA.—¡Te la pega tu marido!

NEME.—Me la va a pegar..., ¡pero con un vergajo!

SEÑÁ POLONIA.—¿Pero no es cosa e faldas?

NEME.—No, señora; de pantalones y de chalecos.

SEÑÁ POLONIA.—No te entiendo, hija.

NEME.—Pos na, que le he empeñao el traje de los domingos... y las alpargatas de vestir. *(Llora.)*

SEÑÁ POLONIA.—¡Arrope!

NEME.—¡Y tie que ir esta tarde a la boda de Pifanio el talabartero, que es amigo suyo, y considere usté cuando venga a vestirse y se encuentre que no tie el traje!

SEÑÁ POLONIA.—Pero, criatura, ¿por qué se lo has empeñao?

NEME.—Por doce pesetas. ¡Que es que no me llegaba el jornal pa acabar la semana, y yo, por no apurarle!... ¡Y como siempre me está diciendo que si soy una manirrota y que si el jornal no me alcanza pa na..., pues una, ¡claro!... ¡Ay, qué paliza me va a pegar, señá Polonia! ¡Ya me duele!...

SEÑÁ POLONIA.—Mujer, no seas precipitá.

NEME.—Y yo me he acordao de usté, que si usté me pudiese dejar las doce pesetas, yo, aunque fuese quitándomelo de la boca...

SEÑÁ POLONIA.—Calla, hija e mi alma; no me digas na, por tu salú, que mia si yo las tuviese, con alma y vida, no digo yo doce, doscientas te daba; pero es que el arrastrao ése, a más de la lana, me ha sacao dieciocho pesetas que tenía guardás debajo de un ladrillo; que tie un estinto pa los escondites, que ties una peseta en la imaginación y te la saca.

NEME.—Madre mía. ¿Y qué voy a hacer yo, señá Polonia, qué voy a hacer?

SEÑÁ POLONIA.—¿Po qué no bajas y le hablas al señor Felipe, el de la casa empeños?

NEME.—Ahora mismito acabo de subir de verlo.

SEÑÁ POLONIA.—¿Y no ha querío dejarte el traje?

SEÑÁ NEME.—No he querío yo; porque bajo y le digo el apuro y que si me quería dejar el traje pa unas horas. Y va y me dice que qué necesidá tenía yo de pasar tantos trabajos, con lo bonita que era; y que me esperase que s'acabara de tomar un vaso de café con muñuelos, que me lo daría; y voy y me espero, y va y me empieza a hablar de bien a bien, que yo, qué me iba a figurar la salida; y de pronto, va y me hace una galantería manual, como él dice, así, con toda la mano *(Acción de dar un azote.)*, qué bofetá le habré dao, que las cortezas de muñuelo se las estaban sacando de la cara con pinzas.

SEÑÁ POLONIA.—El tío marrajo... Al aprovechen, como todos.

NEME.—¡Qué desesperación, Dios mío!... Y que ahora mismito tengo aquí a Sidoro, ¿y qué le digo yo del traje?

SEÑÁ POLONIA.—No t'apures, mujer. Tocarte, no te toca.

NEME.—¡Sí, no me toca!... ¡Pos bonito genio tiene!

SEÑÁ POLONIA.—No te toca. Soy una especialidá en las broncas con maridos, pa evitar chuletas.

NEME.—*(Con curiosidad.)* ¿Pues?...

SEÑÁ POLONIA.—Na, que tengo una martingala, ¿sabes?; que yo le llamo hacer la tijera; que al ir el hombre a pegarte, pues le agarro yo así *(Por una mano.)*, como pa contenerle la mano, le tuerzo un dedo, como si fuese sin querer, se le duerme hasta el brazo del dolor, y, por muy furiosos que estén, los dejo inútiles pa too el día.

NEME.—¿Es posible?

SEÑÁ POLONIA.—Pregunta, y verás. En la casa toas me llaman.

NEME.—¡Ay, pues no se vaya usté, por lo que más quiera!

SEÑÁ POLONIA.—*(Atendiendo.)* Aguarda, que me paece que...

NEME.—*(Idem.)* ¡Sí, él es!... ¡Ay, Virgen de la

Paloma!... ¡Ay, por Dios, tenga usté prepará la tijera!

SEÑÁ POLONIA.—No tengas miedo.

ESCENA III

DICHOS y SIDORO, de albañil desastrado.

SIDORO.—*(Dentro.)* Sí... venme a buscar y nos vamos juntos a la iglesia. Yo me voy a vestir en un vuelo.

NEME.—¡Ay, que dice que en un vuelo! *(Barre el cuarto atolondradamente.)*

SEÑÁ POLONIA.—Déjalo, que se haga ilusiones. Ya encogerá las alas.

SIDORO.—*(Entrando muy contento.)* Buenos días.

NEME.—Hola... *(Sigue barriendo y sacudiendo sin saber lo que hace.)*

SEÑÁ POLONIA.—Adiós, Sidoro.

SIDORO.—Señá Polonia, ¿usté por este su chalé?

SEÑÁ POLONIA.—A traerla a ésta la receta del pavo trufao.

SIDORO.—*(Riendo.)* No sería malo. ¿Y qué tal esas gallinejas?

SEÑÁ POLONIA.—Por lo medianejo, hijo; porque con estas modas de bares, tupis, cinis y tasis, pues too lo castizo, aleluyis.

SIDORO.—Ya, ya.

SEÑÁ POLONIA.—Y tú, ¿cómo tan pronto?

SIDORO.—Que voy a la boda de Pifanio.

SEÑÁ POLONIA.—No s'habla d'otra cosa en el destrito.

SIDORO.—Y con permiso de usté, me voy a lavar con estropajo y a sacarme raya de peine, que de estas solemnidades caen pocas en libra. *(Se prepara la palangana para lavarse.)*

SEÑÁ POLONIA.—Y tan pocas. Un soltero con seis hijos, casao con una viuda que le viven dos maridos..., tú verás.

SIDORO.—Habladurías. *(A Neme.)* Qué, ¿me lo tendrás ya too preparao pa vestirme?

NEME.—Sí, ya..., pero... *(Sigue barriendo.)*, pero... bueno, mira, precisamente le estaba yo diciendo a la señá Polonia que yo que tú no iba a esa boda.

SIDORO.—¿Por qué?

SEÑÁ POLONIA.—Porque eso no es boda, hombre, eso es un bodorrio. *(Sidoro se chapuza repetidamente en el agua.)*

NEME.—De lo peorcito, porque ya ves, a más de lo que dicen de antes, creo que mientras arreglaban los papeles, la novia ha tenío relaciones con cinco endividuos y un monicipal procesao.

SIDORO.—Y yo qué tengo que ver con la tela un catre. *(Vuelve a chapuzarse.)*

SEÑÁ POLONIA.—¡Oye, tú, que salpicas! *(Corre la silla.)*

SIDORO.—Si le hacen tolón, tolón, a él será; y ella podrá ser como quiera; pero él es amigo mío; y a más, m'ha convidao el padrino, y tienen arroz con pájaros. Y a mí me pue tener sin cuidao un amigo y puedo dar de lao a un padrino, pero yo no desairo a unos pájaros inocentes, cuando están bien fritos. Sácame la raya.

NEME.—*(Intentando temblorosamente sacarle la raya.)* A más, fíjate bien, Sidoro, que es que a mí no m'han convidao.

SEÑÁ POLONIA.—En eso tie razón la chica, que donde no vaya la mujer no debe ir el marido.

NEME.—*(No atina con la raya.)* Y tú debías darte por sentido, que una no es el palo e la escoba.

SIDORO.—¡Pero qué sentido ni qué contra de narices de sentido!... ¡Que toa la vida seréis mujeres, hombre!... ¡Más cotillas y más liosas!...

NEME.—Lo dirás tú.

SIDORO.—Si t'han convidao cincuenta veces y has dicho que no ibas ¿De qué te quejas? *(Se mira en un pedazo de espejo.)* ¡Oye, y te he dicho que me sacaras la raya, no un sarmiento!

Porque m'has sacao una raya que me empieza en las narices, pero m'acaba en un hombro.

NEME.—Si es que tiene una un pulso...

SIDORO.—*(Yendo hacia la cómoda.)* Bueno, ¿dónde está mi traje?

NEME.—*(Cada vez más azorada, vuelve a cogerse a la escoba y barre.)* Pues tu traje, yo... *(Barre.)* Yo te diré...

SIDORO.—*(Buscando.)* ¿No estaba en este cajón?

NEME.—Es que tenía una mancha y fuí y le...

SIDORO.—*(Que ha abierto todos los cajones.)* Bueno, ¿dónde está, que no lo veo?

NEME.—*(Temblorosa.)* Pues... mira, Sidoro, si tú no tuvieses ese genio, yo te diría...

SIDORO.—Nemesia, por tu salud, ¿dónde está mi traje? Que me estoy jamando la partida...

NEME.—Pues tu traje..., si tú comprendieras las cosas...

SIDORO.—*(Cogiéndola de un brazo.)* ¡Ay, que me lo estoy figurando!... ¿Dónde has metío mi traje, dilo?

NEME.—*(Dándole un papelito blanco doblado que saca del bolsillo del delantal.)* Aquí lo tienes. *(Rompe a llorar.)*

SIDORO.—¡Mi madre! *(Cayendo en una silla.)* ¡Me lo ha pignorao!...

SEÑÁ POLONIA.—La pobre, por no molestarte.

SIDORO.—*(Se levanta airado y busca.)* Bueno, ¿dónde está la estaca?

NEME.—*(A gritos, huyendo.)* ¡Ay, socorro, que me mata!... ¡Ay señá Polonia, sujételo usté!...

SEÑÁ POLONIA.—*(Aparte.)* Ahora va lo mío.

SIDORO.—*(Desesperado.)* ¿Dónde está la estaca?

NEME.—¡Ay, no le diga usté que está debajo e la cómoda!

SIDORO.—La mato... Pero que la mato...

SEÑÁ POLONIA.—¡Por Dios, Sidoro, déjala!... *(Le sujeta.)*

SIDORO.—Suélteme usté *(Forcejean.)*

NEME.—¡Socorro!... ¡Que me pega!

TOLÍN.—*(Que sale al escándalo. Llorando, cogido*

a sus faldas.) ¡No se meta usté con madre!... ¡Ay, mi madre!

SIDORO.—La doy dos pescozones. *(Al levantar el brazo le sujeta la Señá Polonia la mano.)*

SEÑÁ POLONIA.—No, Sidoro, por Dios..., que es tu mujer.

SIDORO.—*(Gesto agudísimo de dolor.)* ¡Ay! ¡Rediez, que m'ha hecho usté que se me s'ha dormido hasta el brazo!... *(Se sacude la mano como si la tuviese muerta.)*

SEÑÁ POLONIA.—¡Perdona, hijo; ha sio sin querer!... ¡Yo, por evitar!...

SIDORO.—¡Pero a usté le parece que esta acción...!

NEME.—¡Ha sío un apuro!... ¡Yo te lo sacaré de mis ahorros!...

SIDORO.—Calla, infame; calla, si no quieres que... *(Al levantar el brazo para amenazarla.)* ¡Ay..., mi madre, pero si me duele hasta el hombro! ¡Dejarme sin ropa!... ¡Ponerme en ridículo en un día como el de hoy! Vamos, no es esto pa coger esta botella y... *(Al levantarla, gesto de dolor.)* ¡Ay!... ¡Recontra, si no puedo jugar ni la mano!

SEÑÁ POLONIA.—¡Amos, cálmate, Sidoro, que si encima que la pobre se está aperreando pa sacá alante los dos críos y la miseria de casa que tenéis, le vas a zapatear, era pa convidarte a pasteles!

NEME.—*(Haciéndose la valiente al ver la imposibilidad que tiene de pegarle.)* ¡Déjelo usté!..., ¡déjelo usté! ¡Que me pegue lo que le dé la gana! ¡Pégame!

SIDORO.—Quítate de delante de mí, si no quieres que te... *(Al levantar el brazo para la amenaza, gesto de dolor.)* ¡Repeine!

NEME.—*(Más brava cada vez.)* Pégame lo que quieras, anda, pégame.

SIDORO.—Quies ver cómo... *(La amenaza con la izquierda. Neme, retrocede asustada.)*

SEÑÁ POLONIA.—*(Sujetándolo.)* Oye, con la izquierda, no vale.

NEME.—*(Que sigue llorando.)* Déjelo usté, que pue que esta misma tarde me tire yo por el viaducto.

SIDORO.—No será verdá.

NEME.—Sí, señor; porque ya estoy desesperá, que yo no puedo hacer milagros con un triste jornal.

SIDORO.—El mismo tienen otros y hay que verlos cómo comen y cómo visten.

NEME.—No será con el jornal.

SIDORO.—Sí, señor.

NEME.—No, señor.

SIDORO.—Sí, señora. Y ahí mismo, ahí enfrentito, pared por medio, ties el ejemplo, pa tu vergüenza.

NEME.—¿Qué ejemplo?

SIDORO.—La Andrea y Celedonio. ¿Qué es Celedonio? Pos un simple oficial de albañil, con ocho míseras pesetas, y ¡hay que ver la comida que lleva a la obra, que hay días que no tie bastante con tres mondadientes!

SEÑÁ POLONIA.—¡Que mantenga un gato!

SIDORO.—Y hay que ver cómo va ella de aseá y de limpia, que no se la para una mosca.

SEÑÁ POLONIA.—¡Porque las espanta, mia éste!

SIDORO.—¿Y cómo llevan al niño? ¡Siempre vestío de marinerito que da gusto!

SEÑÁ POLONIA.—Hecho una birria; pos si en toa la vecindá no le llaman más que «Tomasín, marinero», pa chuflarse.

NEME.—Que le ha bordao dos anclas en media servilleta, le ha colgao un pito que no suena, le ha puesto en la gorrita un letrero que dice: «El Furor», y a meter miedo por la vecindá. ¡Esa es toda la marinería!

SIDORO.—¿Y negarás lo mío?..., que misté cómo voy de destrozao que es una vergüenza. ¡Si hasta me pega los remiendos con engrudo, qué más voy a decir!... ¿Y usté cree que yo llevo un botón?

NEME.—Dos llevas.

SIDORO.—¿Dónde?

NEME.—Uno en la bocamanga y otro en el pantalón.

SIDORO.—Sí; pero lo demás me lo tengo que abrochar con automáticos..., véase la clase...: una tramilla. Calcetines, tengo dos medios pares, uno verde y otro encarnao.

NEME.—¿Y yo qué culpa tengo que no casen?

SIDORO.—Y del encarnao ya no me queda más que lo indispensable pa que se me vean tres agujeros. En fin, cómo iré vestido, que el otro día en la obra me mandó el arquitecto que subiese por una cuerda pa colocar una tabla, pues a la tercera flexión me mandaron bajar y me dijeron que pa espectáculos de varietés, Romea. ¡Qué habrían visto!

SEÑÁ POLONIA.—¿Pues qué quies con ocho pesetas, que te lleve escotao y de manga corta?

SIDORO.—Y de come no digamos. La metá e las noches me saca una cazuela llena de caldo con dos cosas incónitas flotando encima y me dice: «¿A ver si averiguas lo que es?...» Y empiezo a meter el tenedor en el caldo...

NEME.—Yo, pa que vaya mojando pan y se distraiga.

SIDORO.—¡Sí; pero después de diez minutos de venga con el tenedor, lo único que averiguo es que no he cenao!

NEME.—¡Y yo qué voy a hacerle, señá Polonia!... ¡Qué voy a hacer con ocho pesetas, como está todo!... ¡Pague usté casa, vístase usté, coma usté!... ¡Claro, pone una unas patatas con bacalao y el bacalao tie que dejar tarjeta, si no, no se enteran las patatas que ha estao! ¡A setenta y cinco el cuarto kilo de Escocia ordinaria!, usté verá.

SIDORO.—¡Maña, como otras mujeres, que de una peseta saben hacer cuatro; eso t'hace falta!... ¡Pero toa tu vida has sido lo mismo!... ¡Una desmañá!... ¡Suerte de los hombres!

NEME.—¡Pues mira, permita Dios que me muera y encuentres otra que te...! *(Llaman a la puerta.)*

SEÑÁ POLONIA.—Chis, callarse... *(Mira por la jilla.)* La Andrea y Celedonio con Tomasín.

SIDORO.—Na, Celedonio que viene por mí. ¡Qué vergüenza!... ¿Qué le digo yo?

SEÑÁ POLONIA.—Dile que no puedes ir por cualquier cosa...

SIDORO.—¡Ahora verás cómo vienen, y con el mismo jornalito que mangue! Abra usté, para que se le caiga la cara e vergüenza.

SEÑÁ POLONIA.—*(Abriendo.)* ¡Alante! *(Entran.)*

ESCENA IV

DICHOS, ANDREA, CELEDONIO y TOMASÍN, de marinero. Los padres, bien vestidos en su clase. El fuma un puro.

ANDREA.—Buenos días.

CELEDONIO.—Felices.

SEÑÁ POLONIA.—Felices y lujosos. ¡Vaya rumbo!

ANDREA.—Adiós, Neme.

NEME.—Hola.

SIDORO.—*(Coge a Tomasín y le pone ante Neme.)* ¿Qué te parece?

NEME.—Pa una viña.

SIDORO.—*(Le pone a su hijo delante.)* Compara con esto.

NEME.—*(A Tomasín.)* Anda a remar, salao.

ANDREA.—Es un niño que tie un tipito muy agradecío.

SEÑÁ POLONIA.—Como el padre.

CELEDONIO.—Y naa más. *(Tolín hace sonar el pito de Tomasín.)*

TOMASÍN.—*(Afligido.)* Papá...

CELEDONIO.—¿Qué pasa?

TOMASÍN.—Antolín, que m'ha pitao.

CELEDONIO.—Déjalo que se distraiga.

ANDREA.—Es un niño que me lo paran en la calle.

NEME.—*(Aparte.)* Los que tengan hipo.

SEÑÁ POLONIA.—Y qué, ¿preparaos pa la boda?

ANDREA.—Ellos. Yo no voy, hija.

NEME.—¿Pos qué te pasa?

ANDREA.—Naa. Las jaquecas. Me dan unos dolores de cabeza que no me tengo. Y prefiero mi casita. Me conformo con que ellos disfruten.

CELEDONIO.—*(A Sidoro.)* Bueno, ¿y tú qué haces que no t'has vestío entavía, so bórcego?

SIDORO.—Ni me visto, Celedonio.

CELEDONIO.—¿Pues?

SIDORO.—Que ya no voy; se lo dices a Pifanio.

CELEDONIO.—¡Anda diez, que no vienes!... ¿Pues qué te pasa?

SIDORO.—Naa; el traje, que...

CELEDONIO.—¿Qué?

SIDORO.—Esta... *(Por Neme.)* Que me lo ha llevao al quitamanchas.

CELEDONIO.—¡Atiza!

ANDREA.—¡Pero, Neme!...

CELEDONIO.—¡Siempre la misma!

SEÑÁ POLONIA.—¡Y por muchos años!...

ANDREA.—*(Sonriendo con desdén.)* Pero, hija, ¿cómo eres?

NEME.—Como Dios me ha hecho.

ANDREA.—¿Pero qué haces con el dinero?

NEME.—No verlo.

ANDREA.—Pues fíjate en nosotros, que tenemos igualito; que en el jornal vamos a ellas, y ya nos ves.

SIDORO.—Pa que se te caiga la carita, si tuvieras lo que yo me sé.

NEME.—*(Sollozando.)* ¡Déjame en paz!

SEÑÁ POLONIA.—Y si eres tan buena amiga, ¿por qué no le das la receta?

NEME.—Eso, ¿por qué no me lo das?

ANDREA.—Hija, porque esa receta está en ca uno, que eso es el aquel de la mujer de saberse gobernar y demás.

NEME.—Pero dime lo que haces.

ANDREA.—Pues muy sencillo, hija: una meaja d'orden y mucho jabón y mucha plancha y tirar de agujita y descrismarme pa que éstos vayan aseaos; naa más.

SIDORO.—Pa que te lo mecanografíes.

ANDREA.—Ahora, que en eso, hija, tú tampoco ties la culpa; eso es aparte..., que no es naa de malo que caa una sea como es; que unas nacemos de una manera y otras de otra.

NEME.—*(Levantándose airada.)* ¡Pero es que me vas a hacer creer a mí que con ocho pesetas se puen llevar medias de seda, cuando llevo yo unas tomateras de seis reales, y las debo!...

ANDREA.—¡Pues ya lo ves, hija! ¡A la vista está!...

NEME.—¡Pues me lo juran y no lo creo, no lo creo y no lo creo; vaya!... ¡Señor, que yo me vuelvo loca; que no pue ser y no pue ser y no pue ser! Cinco de casa, cuatro de atrasos, nueve de pan, once de tienda... ¡Que no pue ser y no pue ser y no pue ser!

ANDREA.—¡Pero, mujer, no te pongas así!

NEME.—*(Desesperada.)* ¡No te pongas así, no te pongas así!... ¡Si es que ya estoy loca! ¿En qué lo tiro yo, Dios mío, en qué lo tiro yo?... ¿Es que no sirvo pa ama de casa?... ¿Es que no estoy hecha una azacana?... ¿Es que no me escrismo too el santo día?... Señor, si son habas contás... Cinco de casa, once de tienda, cuatro de atrasos, nueve de pan, siete de... ¡Pero, señor!, ¿cómo se puen poner polvos de velutine?... ¡Cuatro de atrasos, cinco de casa, once de pan!... Si no pue ser, señor; si no pue ser... ¡Yo me mataba, yo m'arañaba, yo me mordía!... *(Vase loca, llorando, golpeándose, desesperada, por la primera derecha.)*

ESCENA V

DICHOS, menos NEME.

ANDREA.—¿Pero habéis visto cómo s'ha puesto?

SIDORO.—¡Que está afrentá, ni más, ni mangas!

SEÑÁ POLONIA.—¡Con un carro de razón; eso es con lo que está!

ANDREA.—Lo dirá usté.

SEÑÁ POLONIA.—Y Dios Padre.

CELEDONIO.—Pos misté, a mí no me gusta infernar, señá Polo; pero lo que es la Neme lleva al niño, que la otra mañana me dijo a mí la señá Leoncia, la churrera: «Oye, dile a la Neme que tenga cuidao con esa criatura, que va enseñando las láminas y ya es mayorcito!

SIDORO.—¿A quién se lo cuentas?

CELEDONIO.—Y tuve que cogerlo en brazos y lo lié en «La Libertá», y lo vine leyendo pa disimular; porque figúrate tú ahora que hay censura... ¡Pos según yo lo vi, si te cogen al chico te lo machacan por dos u tres laos!

ANDREA.—En fin, Sidoro; chico, disimula, que sin querer hayamos tenío la culpa de esto.

SIDORO.—¿Vosotros de qué?...

CELEDONIO.—Déjala, que con esto pue que se enmiende.

SIDORO.—Difícil lo veo. Pero, en fin, ¡qué se le va a hacer!... ¡Tragaremos quina!

ANDREA.—*(A Celedonio.)* ¡Oye, Cele; que se os va a hacer tarde, hijo!

CELEDONIO.—Sí; vamos, niño...

ANDREA.—Anda, marchaos; que yo de seguidita me voy a casa.

CELEDONIO.—Bueno; tú, lo siento la mar que no vengas, chico.

SIDORO.—Déjate. Paciencia. Que sus divirtáis.

CELEDONIO.—Ya te contaré. Adiós. Amos, niño. *(Vanse por la izquierda.)*

ANDREA.—Pues naa, Sidoro, hijo; que se le pase a ésa el soponcio y que coja mis mañas; los pobres tenemos que hacer de una peseta dos u estamos perdidos.

SIDORO.—Mujeres como tú no son fáciles, Andrea.

ANDREA.—¡Hombre!... Vaya, con Dios. Adiós, señá Polonia; recuerdos al señor Balbino. *(Vase.)*

SEÑÁ POLONIA.—Gracias Bueno, adiós. Me voy más quemá que un tizo. Caa día lo veo más claro;

los hombres sois más tontos que tomarse los fideos con tenedor. *(Vase.)*

SIDORO.—Puede. *(Cierra.)*

ESCENA VI

SIDORO y TOLÍN.

SIDORO.—¿Qué ties en la mano?

TOLÍN.—Que le he arrancao del cuello un ancla a ese menflis ¿Es d'oro, padre?

SIDORO.—No, hijo.

TOLÍN.—Pues es dorá como si fuese d'oro.

SIDORO.—¿Y por qué se la has arrancao?

TOLÍN.—Que m'acusa en la sección de párvulos y le tengo rabia.

SIDORO.—Mal hecho. *(Pausa.)*

TOLÍN.—Oiga usté, padre.

SIDORO.—¿Qué?

TOLÍN.—¿Por qué le quería usté pegar a madre?

SIDORO.—Yo no la quería pegar.

TOLÍN.—Sí, señor, y yo no quiero que la peguen.

SIDORO.—M'alegro. Bueno, cállate.

TOLÍN.—Es que no quiero; que es mi madre.

SIDORO.—Y yo, ¿qué soy?

TOLÍN.—Mi padre.

SIDORO.—Pues somos iguales.

TOLÍN.—Iguales; pero ella primero y usté después.

SIDORO.—¡Bueno; dame un beso y hala pa dentro!

TOLÍN.—Sí, señor; pero ella primero y usté después. *(Vase por la primera izquierda.)*

ESCENA VII

SIDORO; luego, NEME.

SIDORO.—Me paece que he estao una meaja duro... ¡Pero, señor, si es que...! Toa la semana agarrao al palustre y llega un día en que se pue uno divertir dos horas, y pide uno permiso, y llega a su casa con la mar de ilusión..., y... ¡sin ropa! ¡Maldita sea!... Pa morderse los dedos; sí, señor, y naa más... ¡Con lo bueno que hacen el arroz con pájaros en el Ventorro el Zeneque!... ¡Yo, que ya me había hecho plato en la imaginación!... ¡Y me se salía de lleno! ¡Y esta mujer, por ser una desmañá y una manirrota!... ¡Mecachis hasta en...!

NEME.—*(Que sale con el mantoncito puesto y muy triste, casi llorosa.)* Bueno; adiós.

SIDORO.—*(Extrañado.)* ¿Cómo adiós? ¿Pero ande vas?

NEME.—No sé; cuando esté en la calle ya veremos.

SIDORO.—¡Mia, Nemesia, por tu salú; no me saques de quicio, encima e lo que tengo!

NEME.—Bueno; adiós.

SIDORO.—*(Interceptándola el paso.)* ¿Pero ande vas?

NEME.—*(Queriendo apartarlo.)* Quita; adiós.

SIDORO.—*(Desesperado, la coge airadamente del mantón.)* Que vengas aquí, vaya... Que me ties que decir ande vas.

NEME.—Pue que vaya algún lao de donde ya no vuelva.

SIDORO.—*(Frenético.)* ¡Mia, Nemesia!... *(La empuja.)* ¡Maldita sea!... ¡No me vengas con pamplinas, porque pue que haga lo que no he hecho en toa mi vía! ¡Que me vas a volver loco! *(Tira la gorra contra el suelo.)*

NEME.—Bueno; adiós.

SIDORO.—*(Entre iracundo y aterrado, sujetándola de los brazos.)* ¡Nemesia!

NEME.—*(Desprendiéndose violentamente.)* ¡Que me sueltes!

SIDORO.—*(Con exaltación creciente.)* Es decir, que encima que me haces lo que me haces, me amenazas con irte...

NEME.—*(Llorando.)* No t'amenazo. Me voy, porque no quiero que seas desgraciao conmigo ni que crea nadie que mis hijos van desnudos y no comen porque su madre es una desastrá; por eso te quiero dejar solo, quitarme de en medio pa que el día de mañana encuentres otra que valga más que yo. ¡Adiós!

SIDORO.—*(Apartándola de la puerta de un empujón.)* ¡Maldita sea la panocha!... ¿Pero merezco yo esto, Señor?... ¿Pero es que a un hombre honrao, que aguanta lo que yo aguanto, se le pue hacer esto?... Pues no, no y no y cien mil veces no. ¡Y ahora vas a ver tú lo que yo hago, que voy a ser yo el que se quite de en medio! ¡Vaya, s'acabó!

NEME.—*(Al ver que Sidoro abre la ventana y toma impulso como para arrojarse por ella.)* ¡Sidoro! *(Le sujeta.)* ¡Por Dios, Sidoro!...

SIDORO.—*(Desesperado.)* ¡Suéltame, que me estrelle contra la calle!

NEME.—¡Ay, no, Sidoro de mi alma!

SIDORO.—*(Forcejeando.)* ¡Suelta!

TOLÍN.—*(Que sale corriendo por la primera derecha, se coge a los pantalones de su padre, llorando.)* ¡Padre! ¡Padre!

SIDORO.—*(Mirando al niño.)* ¡Maldito sea!... ¡Si no fuera por vosotros! *(Poseído de un temblor convulsivo, cae en una silla.)* ¡Yo estoy fuera de mí; yo no sé lo que me pasa!... ¡Yo tengo un ataque que no puedo!...

NEME.—*(Al verle enfermo.)* ¡Sidoro! ¡Ay Sidoro! ¿Qué tienes?

TOLÍN. Hágale usté tila.

NEME.—*(Llorando.)* ¡Ay Sidoro, que too es de lo que te quiero!

SIDORO.—Mentira.

TOLÍN.—*(Que trae un vaso de agua.)* Beba usté, padre.

SIDORO.—*(Bebiendo un sorbo.)* Gracias, hijo.

NEME.—¡Que too es de lo que te quiero!

SIDORO.—¿Que too es de lo que me quieres?

NEME.—Sí, señor; que me estoy matando por no agobiarte, que me quedo sin pan la metá e los días pa que os lo comáis vosotros y encima m'afrentas delante de otras mujeres.

SIDORO.—Porque estoy desesperao y harto de trabajar, y ve uno que too le falta, y como uno ve que otros con lo mismo...

NEME.—*(Vivamente.)* Con lo mismo, no; eso sí que no... No lo creas, Sidoro; que no pue ser. ¡Yo te lo juro! Yo no digo mal de nadie; pero no pue ser. ¡Que yo pa sacaros alante lo he hecho too, too, menos echarme a los perros; porque soy una mujer honrá y no puedo lograrlo!... ¡Y ésa es mi desesperación!... ¡Y ésa es mi desgracia!

SIDORO.—*(Cogiéndola violentamente y atrayéndola con brusquedad llena de amor hacia su corazón.)* ¿Y es ése motivo pa que me quias dejar?

NEME.—Y tú, ¿pa qué m'afrentas? *(En este momento llaman a la puerta apresuradamente y con insistencia.)* ¿Quién será?

SIDORO.—*(Sorprendido.)* Ves a ver... *(Vuelven a llamar.)*

UNA VOZ.—*(Fuera.)* ¡Pronto! ¡Por Dios!

SIDORO.—¿Eh?... ¿Quién es?...

NEME.—*(Que ha mirado por la rejilla.)* ¡El señor Felipe, el tendero de abajo! ¡Qué cara trae!

SIDORO.—Abrele a ver. *(Neme abre.)*

ESCENA VIII

DICHOS Y SEÑOR FELIPE.

SEÑOR FELIPE.—*(Al ver la puerta abierta, entra apresuradamente, lívido, descompuesto, dando*

muestras de un pánico horrible.) ¡Por Dios!... ¡Dispensar, haced el favor!... ¡Quietos!...

SIDORO.—¿Pero...?

SEÑOR FELIPE.—¡Silencio!... *(Cierra y mira angustiado por la mirilla.)*

NEME.—¿Pero es que le perseguían a usté? *(Intenta abrir para ver.)*

SEÑOR FELIPE.—¡Cierra, por tu madre! *(Deteniéndola.)*

SIDORO.—*(Que intenta hacer lo mismo.)* ¿Es que alguien...?

SEÑOR FELIPE.—¡No abras, por tu salú!... ¡Ay, que tengo el corazón...! ¡He pasao dos minutos de aneurisma!... ¡Un poco de agua! *(Bebe.)*

SIDORO.—Pero ¿qué le ha ocurrido a usté?

SEÑOR FELIPE.—Naa; la cosa en sí, naa. ¿Sabes? Cosas..., cosas de hombres...

NEME.—Pero bueno, qué...

SEÑOR FELIPE.—Pues naa..., que...; veréis..., veréis qué tontería... Que tenía yo que decirle una cosa a la Andrea... *(El matrimonio se mira.)* Naa; la cosa en sí, naa... Y subo, y no estaba Celedonio...

NEME.—*(Sobrentendiendo.)* ¡Claro!

SEÑOR FELIPE.—Y acabaíto de subir, ¿sabes?...; que no haría ni cinco minutos, pues que llaman, y Celedonio que vuelve porque se le ha puesto malo el niño, ¿comprendes?

SIDORO.—Alante, que comprendo.

SEÑOR FELIPE.—Yo, claro, aunque la cosa en sí no tenía naa de particular, como él es tan escamón y podía pensarse...; pues, claro, a ella l'ha entrao miedo y a mí también...; m'ha escondío..., y él ha entrao escamao de la tardanza en abrirle y de la cara de la Andrea, que estaba amarilla, y ha empezao a buscar..., y ha mirao a su mujer, que m'ha dao terror, y ha sacao una navaja..., y de que se ha metío buscando en una habitación, pues he picao pa la escalera... y he llamao aquí; porque si s'asoma y me ve... Y ahí lo tienes: ¡por una tontería!... ¡Porque naa!... ¡La cosa en sí, naa!...

NEME.—¡La cosa en sí, naa; pa degollarlo a usté!...

SIDORO.—¡Pero a sus años d'usté, señor Felipe!...

SEÑOR FELIPE.—No; si no sus penséis... Si ha sido una tontería... *(Llaman a la puerta repetidamente.)* ¡Recontra!

NEME.—*(Que mira.)* ¡Celedonio!

SIDORO.—¡Arrea!

SEÑOR FELIPE.—*(De rodillas.)* ¡Escóndeme, por tu madre!... *(Implorando.)* ¡Escóndeme, por tu madre!...

SIDORO.—¡Si no mirara!... ¡Pero, en fin!... Pase usté. *(Le esconde por la segunda derecha. Llaman de nuevo.)* ¡Por él lo hago! ¡Abre!

NEME.—¡Alante!

ESCENA IX

DICHOS y CELEDONIO.

CELEDONIO.—*(Entra, más que pálido, demudado, con un leve temblor en la voz de emoción y de ira.)* ¡Nemesia, Sidoro!... ¡Dispensarme!

SIDORO.—¡Celedonio!

NEME.—¿Pero qué tienes?

CELEDONIO.—Si sois amigos míos, decírmelo, por vuestros hijos. ¿Ha entrao aquí un hombre?

SIDORO.—¡Aquí! ¿Pero qué dices?

NEME.—¿Qué te pasa pa esa cara que tienes?

CELEDONIO.—Decírmelo. ¿Ha entrao aquí alguien?

SIDORO.—Aquí no ha entrao nadie, Celedonio.

NEME.—¡Palabra que no! ¿Pero qué ha ocurrido?

CELEDONIO.—No sé si me engañaréis. No creo en vosotros... ¡Ya no creo en naa! *(Llora.)*

SIDORO.—¿Pero dudas?

CELEDONIO.—*(Afectadísimo.)* ¡En naa; ya no creo en naa!

NEME.—¡Pero no t'apures y habla!... ¿Qué te ha pasao?

CELEDONIO.—¡Cómo no me voy a apurar!... ¡Sor ocho años! Ocho años ciego por ella, feliz con ell creyendo lo que ella quería que creyese, y h se me pone el chico malo y tengo que volver c pronto, y llamo, y tardan en abrirme; y oigo cu chicheos, y entro...; y mi mujer, amarilla..., tem blando... sin saber ande mirar... Y yo la miro..., y... m'ha dao un vuelco el corazón, y de repente s'ha hundío pa siempre la alegría con que yo estaba viviendo... Eso naa más.

SIDORO.—*(Afligido.)* ¡No llores, Celedonio; que eres un hombre!

CELEDONIO.—¡Sí; soy un hombre tonto y ciego; cuando quieres a una mujer!...

NEME.—¡Ni creas eso de la Andrea!...

CELEDONIO.—¡Tú ves que soy hombre; pues ni fuerza he tenío pa darla un tantarantán! ¡Y ahora, o a irme con mi hijo, solos pa siempre, o a aguantarme y que la gente se ría de mí!... ¡Más de lo que se habrá reído!

SIDORO.—¡De un hombre bueno no se ríe nadie, Celedonio!

NEME.—¡Si no es posible!... ¡Si la Andrea es muy buena!

CELEDONIO.—¡La que eres buena eres tú!... ¡En fin, dispensarme!...

SIDORO.—¡Hombre, chico!...

CELEDONIO.—*(Haciendo mutis.)* ¡Ocho años que m'ha tenío ciego; ocho años creyendo en ella! *(Vase llorando con lágrimas de hombre. Neme cierra y mira por la rejilla.)*

ESCENA X

NEME, SIDORO, SEÑOR FELIPE; luego, TOLÍN.

NEME.—*(Va a la segunda derecha.)* ¡Salga usté!

SEÑOR FELIPE.—Yo me esperaría un ratito, no sea que...

SIDORO.—¡Venga usté aquí!... *(Abre la puerta. Le da un puntapié.)* ¡A la calle! *(Va a cerrar.)*

SEÑOR FELIPE.—Mi sombrero, que...

NEME.—*(De un puñetazo se lo encasqueta hasta las orejas y le atiza otro puntapié.)* ¡A la calle! *(Se quedan solos marido y mujer. Se miran.)*

SIDORO.—*(Con infinita ternura.)* Neme de mi alma.

NEME.—Sidoro... ¿Lo ves, Sidoro?

SIDORO.—Hijo..., hijo mío... *(Coge de la mano al niño, que sale por la primera derecha.)* Ven aquí... Vamos a ponernos de rodillas delante de esta santa y a besarle las manos y a gritar: ¡Viva la pobreza!

NEME.—¡Sidoro!... ¡Hijo mío!... *(Los abraza.)*

SIDORO.—Y mañana me pongo tu retrato en el remiendo más grande que tenga.

NEME.—*(Dándole un azote cariñosamente.)* No; que iría mal colocao... *(Porque el mayor lo lleva en la parte de atrás de los pantalones.)* Llévame en tu corazón.

SIDORO.—Toda la vida, Nemesia.

NEME.—*(Al público.)*

Y aquí termina el sainete,
perdonad las faltas nuestras.

(Telón.)

FIN DE
«LOS MILAGROS DEL JORNAL»
Y DEL TOMO II
DEL «TEATRO COMPLETO
DE
CARLOS ARNICHES»